

Muerto al pecado, a la Ley, al mundo

Respuesta a preguntas formuladas al editor de
Bible Treasury

Bible Treasury

biblicom.org

Índice

1 - Pregunta	3
2 - Respuesta	3
2.1 - Muertos con Cristo	3
2.2 - Muerte al pecado	3
2.3 - Muerto a la Ley	4
2.4 - Muerto al mundo	4

1 - Pregunta

“¿Cuál es la diferencia entre morir al pecado (Rom. 6), morir a la Ley (Rom. 7) y ser crucificado al mundo (vean Gál. 6)?”

2 - Respuesta

2.1 - Muertos con Cristo

No solo existe la bendita verdad de que el Señor Jesús «fue entregado a causa de nuestras ofensas» (Rom. 4:25) y que «murió por nuestros pecados» (1 Cor. 15:3): Hay también otra verdad, muy poco comprendida por los creyentes en general, que en la muerte de Cristo, yo también morí; esto es lo que se confiesa exteriormente en mi bautismo (Rom. 6:4-5, 8; Col. 2:11-13), y así pasé de una condición en la que «el pecado reinó en la muerte» (Rom. 5:21) a otra en la que «el pecado no se enseñoreará» de vosotros» (Rom. 6:14); y ya no estoy «bajo [la] Ley, sino bajo [la] gracia» (Rom. 6:14): ahora reina la gracia, y ya no el pecado, «mediante [la] justicia para vida eterna, por medio de Jesucristo, nuestro Señor» (Rom. 5:21).

Como se ha señalado a menudo, los primeros capítulos de Romanos 1 al 5:11 tratan de nuestra culpabilidad, los *pecados* que hemos cometido y por los que no hay remisión sin derramamiento de sangre. Pero a partir del capítulo 5:12 tenemos lo que implica un estado de pecado universal que fue introducido por la desobediencia de uno solo, Adán (Rom. 5:19). Éramos «por naturaleza» hijos de ira (Efe. 2:3), pero ahora ya no estamos en Adán, sino en Cristo Jesús, y para tales no hay condenación (Rom. 8:1). Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús nos ha liberado de la ley del pecado y de la muerte (Rom. 8:2), para que andemos y sirvamos en novedad de vida y de espíritu (Rom. 6:4).

2.2 - Muerte al pecado

Este principio maligno que hay en nosotros (la ley del pecado y de la muerte; Rom. 8:2), y que aquí y en otros lugares se llama *el pecado*, es la *raíz* que produce los *frutos* malignos (los *pecados*), y es a él a quien el cristiano ha muerto (Rom. 6:2). Este

principio maligno no ha muerto, porque si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos (1 Juan 1:8), y nunca es perdonado. Pero ha sido juzgado y condenado en la muerte de Cristo (Rom. 8:3), y yo estoy llamado a no reconocer más su autoridad ni su dominio, sino a *reconocerme* como «muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» (Rom. 6:11) en el poder de una nueva vida, una vida de resurrección.

2.3 - Muerto a la Ley

Lo mismo ocurre con la Ley. No ha sido derogada, pues sigue vigente contra los injustos y desobedientes (1 Tim. 1:9), pero su jurisdicción ya no se extiende a los hombres que *han muerto*; y el cristiano ha «muerto a la Ley por medio del cuerpo de Cristo» (Rom. 7:4). «Pero ahora hemos sido liberados de la Ley, *habiendo muerto* a aquello que nos tenía cautivos» (Rom. 7:6). «Porque yo mediante [la] Ley he muerto a [la] Ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy crucificado; y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en [la] carne, lo vivo en [la] fe, la [fe] en el Hijo de Dios, el cual me amó y sí mismo se dio por mí» (Gál. 2:19-20).

2.4 - Muerto al mundo

«El mundo me ha sido crucificado, y yo al mundo» (Gál. 6:14). El mundo está crucificado, el cristiano ya no lo busca; sus encantos han desaparecido. Ha crucificado al Señor de gloria (1 Cor. 2:8). ¿Cómo podría ser aún para mí un objeto que busco? «Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1 Juan 2:15). Y yo estoy crucificado al mundo. El cristiano ya no forma parte de aquellos a quienes el mundo considera suyos (Juan 15:19); el hijo de Dios es despreciado y odiado por el mundo, y debería estar contento de que así sea por causa del Maestro. ¿Estamos contentos de ser considerados como nada y de ser un espectáculo para el mundo? (1 Cor. 4:9).

Que busquemos la gracia de ser verdaderamente de los que siguen a Aquel que fue «despreciado y rechazado» de la tierra, pero que fue «exaltado» por el Padre, y que fue recibido y elevado a la gloria (Sal. 22:6; Hec. 2:33).

Él será glorificado en aquellos que han creído en el día glorioso que viene para esta tierra (2 Tes. 2:10), cuando los hijos de Dios, ahora en oprobio, serán manifestados en la misma gloria con Cristo (Col. 3:4).